

Esta tarde ha desembarcado en *Ceuta* mucha Artillería y Caballería. — Los Escuadrones de este Arma, llegados ayer y hoy, son *Coraceros del Rey*, *Lanceros de Farnesio* y *Coraceros de la Reina*, del *Príncipe* y de *Borbón*.—El día del avance hacia Tetuán debe de estar próximo... Prim acabará el camino para fin de año.

Nada nuevo ha ocurrido en nuestro campo.— Hemos mandado á *Ceuta* un centenar de coléricos, y los Moros no han parecido.—Las horas, pues, se han deslizado lentas y monótonas.

Además, hoy es víspera de Nochebuena, y así como en esa corte se dejará ya sentir á esta hora cierta animación y cierto bullicio, que harán presentir á los corazones y á los estómagos las clásicas alegrías que les aguardan, aquí se va levantando yo no sé qué marejada de tristeza, no sé qué nube de melancolía, no sé qué aire de mal ahogados suspiros, que hace adivinar á los más lerdos el día de pena que nos prepara el Almanaque.

XVI

La Nochebuena del soldado.

La Nochebuena se viene,
La Nochebuena se va,
Y nosotros nos iremos
Y no volveremos más.

Son las nueve de la noche del 24 de Diciembre del año 1859 del Nacimiento de Jesucristo, y en el Campamento del Ejército cristiano que invadió el Africa hace veinticinco días no ha resonado aún el toque de retreta. — En vez de este marcial trompeteo, que los Moros están ya acostumbrados á oír todas las noches al punto

de las ocho, los ecos de las montañas llevan hoy á sus escondidas tiendas un confuso rumor de risas y cantares, unido á los lamentos melancólicos de una flauta y al bullicioso repiqueteo de muchas panderetas.

Los sectarios de Mahoma míranse acaso á la luz de sus hogueras, llenos de curiosidad y de miedo, como preguntándose qué ocurre en el Campamento de los Cristianos, que así entregan á las húmedas brisas de la noche los acentos de sus alegrías; y no será mucho que recelen si nuestro júbilo les presagiará nuevos daños, ya porque anuncie que hemos recibido algún poderoso refuerzo ó destructora máquina, ya porque signifique que festejamos de antemano el total hundimiento de la morisma.

¿Quién sabe? ¿Quién puede imaginar todo lo que la ignorancia y la superstición de los atribulados Moros habrán creído oír en la lejana gritería que llega á turbar su sueño?—Quizá en este momento se asoman á las cumbres de los montes que nos separan de ellos, y fijan su ávida mirada en nuestro Campo, que percibirán aislado en la obscuridad y en la niebla, tachonado todo él de rojizas lumbres, entre cuyos inmensos resplandores verán á veces fantásticas figuras, mientras que el múltiple cántico de tan misterioso regocijo se dilata cada vez más sonoro por las cañadas ocultas en la sombra.

Entonces algún Santón, morador de esta comarca, vecina á la católica *Ceuta*, les contará con agorero acento, cómo esta noche celebramos los hijos de María el Nacimiento de nuestro *Profeta*; cómo tal algazara recuerda una fiesta tradicional en que la abundancia y el contento bajan en toda la Cristiandad á la mesa del Monarca y del mendigo; cómo los cristianos tenemos también nuestra Pascua; cómo, por último, es llegada para los amigos del Corán la mejor

hora de sorprendernos y de convertir en sangre el sacrílego vino que llevamos á los labios...

Después de esto, y en tanto que asoma el día, y con él la señal de un nuevo ataque, el desheredado Judío y el abominable Renegado referirán á los Moros con despreciativo acento la misteriosa leyenda de Ana y de Joaquín, de José y de María, de Juan y de Jesús. Pero, á medida que avancen en su relación, el Israelita sentirá inflamarse en su pecho aquella voz de profecía que le hace sospechar constantemente si el Jesús que crucificaron sus padres sería el verdadero Hijo de Dios, y el Renegado volverá á oír en su alma los ecos lejanos de la voz paterna y á recordar la fe sublime con que una mujer, que lo había llevado en sus entrañas, le enseñaba, cuando él era tierno niño y dormía en tan dulce regazo, los inefables Misterios de aquella Religión que ahora aparenta descreer... Se inflamará, pues, la palabra de uno y otro narrador; y los Moros cerrarán los ojos como huyendo de la luz; y el silencio y la meditación descenderán sobre aquella mísera gente, y los Angeles pasarán á su lado sin miedo alguno, cuando dentro de tres horas vayan cantando de monte en monte: "*Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad!*"

Al mismo tiempo que se hable y se piense de este modo en la infiel Sierra-Bullones, los barcos de todos los pueblos de Europa, al cruzar esta noche el *Estrecho de Gibraltar*, verán á lo lejos las hogueras del Ejército español acampado á cielo raso en las soledades de Africa; y así los rudos marinos como los impresionables pasajeros, sea cualquiera su religión, su patria ó su idioma, enviarán un saludo de entusiasmo y simpatía á los nobles soldados del Evangelio, á los mantenedores de la civilización, á los heroicos hijos de la inmortal Iberia.

¡También desde *Gibraltar* se divisarán nuestros hogares de campaña! Pero ¿quién puede adivinar lo que pensarán allí los *amigos* de los Moros?—Hago demasiado honor á sus virtudes domésticas, á su buen sentido y á su notoria religiosidad, para no creer que en esta hora solemne sentirán rubor y hasta remordimientos por los públicos consejos y secreta ayuda que están dando en contra nuestra á un pueblo que es horror y escándalo de las naciones.—¡Oh! Sí... ¡No puedo dudarle ni un momento! Nuestros ocultos enemigos nos harán justicia si quiera por esta noche, y se confesarán á sí mismos, no sin cierto bochorno, que nuestra conducta es más noble, más digna, más honrosa que la suya.—¡Pero, si yo me engaño, y ni aun de este arranque de generosidad son capaces, compadezcamos su pobreza de alma, y busquemos con la imaginación seres más privilegiados!

Algeciras, Tarifa y otros pueblos compatriotas nuestros nos contemplan también en este instante desde la costa vecina... ¡Cuánto interés, cuánta ternura y cuánta pena nos enviarán sus moradores en alas de los vientos! ¡Con qué afán demandarán al cielo que aleje de nuestro horizonte las nubes que ya principian á encapotarlo! ¡Con qué placer nos cederían el techo, la mesa, el hogar y la cama! ¡Con qué verdadero júbilo pasarían esta noche á nuestro lado! ¡Cómo nos compadecen, cómo nos aman, cómo nos bendicen!

¡Ay! Y si extendiendo más la vista; si dejo volar la imaginación sobre toda ESPAÑA; si penetro en cada provincia, en cada ciudad, en cada aldea, en cada cortijo, en cada casa, ¿qué es lo que veré, que sólo de pensarlo las lágrimas acuden á mis ojos y la pluma desmaya entre mis dedos?...— ¡Madres, padres, hermanos, hijos, esposas, enamoradas vírgenes!, ¡os vemos con los ojos del

corazón! ; os estamos mirando como nos miráis vosotros! ; Sólo que nosotros, desde aquí, podemos veros más distintamente, sabiendo, como sabemos, dónde os encontraréis, qué vida hacéis, cuáles son vuestros sitios y costumbres, qué lugar ocupáis en el hogar y en la mesa, y hacia dónde cae el vidrio cubierto de escarcha al cual os asomáis para bendecirnos! — ; Todo, todo lo sabemos! ; Vuestra Nochebuena es de llanto y luto! ; Un crespón de duelo cubre, en vez de mantel, la mesa abandonada! — “¿Cómo estarán? (exclamáis á cada instante). ¿Habrán muerto? ¿Morirán esta noche? ¿La pasarán batiéndose? ¿Tendrán hambre y frío? ¿Se acordarán de nosotros?” — ; Oh! No; esto no lo preguntáis: ; ésto lo sabéis!

Pero demos tregua á tan mortal congoja, y tornemos los ojos al expatriado Ejército, ó, lo que es lo mismo, prescindamos de perspectivas, y tracemos el primer término de nuestro cuadro.

He aquí el espectáculo que presenta el Campamento...

Empieza á llover. La obscuridad es densísima. Del próximo mar sólo se perciben las lúgubres lamentaciones... El cielo parece haberse desvanecido. Todo es frías tinieblas en torno nuestro.

El soldado, verdadero protagonista de todas las guerras, tiene hoy doble ración de vino y dos horas de prórroga para acostarse.—Con esto y con su industria le basta para pasar una velada deleitosa.

Muchas veces he salido de mi tienda para contemplar el aspecto de nuestro Campo, y todas ellas he visto y oído cosas tan interesantes, que no bastaría un volumen para referirlas.— ; Qué grupos! ; Qué conversaciones! ; Qué episodios tan tiernos y tan peregrinos!

Las hogueras tienen también doble y hasta cuádruple ración de leña. Alrededor de cada una

se encuentran diez ó doce soldados cociendo, asando y friendo todo lo que hoy les ha proporcionado la Administración Militar, con más lo que ellos han podido procurarse particularmente.—En una parte se refieren historias; en otra cuentos; aquí se razona sobre el origen, curso y resultado de la Guerra; allí se hacen biografías de jefes ú oficiales... Pero la generalidad de las conversaciones gira sobre las costumbres del pueblo de cada uno, sobre el modo cómo en ellos se suele pasar la Nochebuena, y sobre los parajes en que éste ó el otro se hallaban tal ó cual año durante las solemnes horas del 24 de Diciembre.

Por este camino, nada es más natural que venir á caer en los recuerdos de familia. El uno dice cuántos hermanos tiene, y cómo se llaman; el otro saca de una pobre cartera la última carta de su padre; éste describe á su novia, poniéndola sobre todas las mujeres del Universo; aquél dice qué haría si fuese pájaro, hacia dónde tendería su vuelo, por qué chimenea penetraría y á quién iría á darle la primera sorpresa. ; Ni es mucho ver que aquel reposado coloquio termine con un *Padrenuestro*, cuando no con sentidas coplas, que así pueden ser de jota como de rondeña, lo mismo seguidillas manchegas que zortzicos!

Sin embargo, el canto nacional que domina esta noche es el de los *Aguinaldos*, con el estribillo de *lo que dijo Melchor*, acompañado de zambomba, imitada con la garganta. Según tengo indicado, hay entre nosotros algunas panderetas, que no sé de dónde diablos han salido, las cuales no descansan ni un segundo, percibiéndose á más, dentro de cierta tienda de oficiales, el lánguido suspiro de una flauta.—En fin, y como resumen de tantos placeres y alegrías, diré la frase que acabo de oír á un centinela:—“¿Chicos!... Si vuelvo á mi tierra, juro á Dios que al oír nombrar á Africa, aunque me pille comiendo, echo á

correr y me meto en la cama.—Creo que esto lo dice todo.

Hasta aquí los soldados.—Ahora penetremos en las tiendas de jefes y oficiales.—En una, alegres jóvenes han dispuesto la cena más opípara que se puede imaginar, no ciertamente por la calidad y condimento de los manjares, sino por los nombres pomposos que les han puesto: Arroz á *la Muley-Abbas*.—Sardinas á *la bayoneta*.—Almendras de *espingarda*.—Vino del *Serrallo*.—Higos del *Morabito*.—Pasas de *Castillejos*.—En otra tienda se juega pacíficamente al tresillo.—En la inmediata se pasa revista á óperas enteras, cuyos dúos, y hasta las mismas arias, se cantan á *coro*.—En la de más allá, algunos hombres melancólicos duermen ó velan en la cama desde que se puso el Sol.—Pero en todas ellas, en medio del juego ó de las conversaciones más animadas, sobresaliendo entre el canto y las risas, óyense constantemente los mismos dolorosos estribillos:—*Ahora en mi casa*.—*El año pasado á estas horas*.—*Cuando yo era niño*.—*Si escapo de la Guerra*.—*Cuando vuelva á España*.—*El día que me despedí*.—*Me escribe mi mujer*.—*Mi padre, que esté en gloria*.—Y lo demás que podéis figuraros.

Conque hagamos punto.—Creo haber demostrado que también aquí ha sido hoy día de *Nochebuena*.—¿Cómo no, si esto es ya territorio español, suelo cristiano, patrimonio de Jesucristo?

¡Dulce es pensarlo, y más dulce asistir á ello! Un Ejército católico, avanzando por país agareno, ha establecido sus reales en el Imperio musulmán de Marruecos y saludado en él la venida del Mesías. ¡Una Colonia militar española tremolará mañana su pabellón de triunfo sobre las crestas de Sierra-Bullones; y, á la hora en que toda la Cristiandad escuchará los acentos de alegría que extiendan las campanas por la estreme-

cida atmósfera, la voz de nuestros cañones repetirá como un eco tan venturosa señal, que irá sonando de cima en cima hasta las cumbres del gigantesco Atlas!

Ha mediado la noche. ¡Silencio!—Es la hora más grande de los siglos.—Calle la pluma, y hable tan sólo el corazón!—¡Jesús está ya sobre la Tierra!

XVII

El enemigo nos felicita las Pascuas.—Cadáveres moros.
La noche rivaliza con el día.

26 de Diciembre.

Ayer no he escrito. Ni ¿cómo escribir?—¡Oh, qué primer día de Pascua!—¡Qué fecha tan horrible y tan gloriosa! ¡Qué día y qué noche pasó este pobre Ejército!

Hoy cojo la pluma para continuar mi DIARIO; y en verdad os digo que sólo yo, y tratándose de cumplir solemne promesa, encontraría fuerzas en el cuerpo y en el alma para añadir una página más á esta Crónica, empapada en mi sudor, en mis lágrimas y en mi sangre;—¡que sangre mía es, y como tal la lloro, toda la que mis hermanos derraman diariamente ante mi vista!

Escribo, sí, las presentes líneas bajo un lienzo húmedo; hundidos los pies en cenagoso charco; sentado en un lecho que destila agua; calado ya hasta los huesos; fatigado de la acción de ayer, en que estuve á caballo diez horas, postrado por el insomnio de la noche última, que he pasado sosteniendo el palo de mi tienda, á fin de que el viento y el agua no lo derribasen.

Pero ¿qué importa todo? ¡Cerremos los ojos al espectáculo presente, y abrámoslos á los recuer-

dos del espectáculo pasado!—¡Nuestro triunfo de ayer bien vale todo género de sacrificios!

He aquí su memorable historia:

Apenas amanecía, y ya el toque de diana había expulsado al sueño de todas las tiendas, cuando empezó á oír en este Campamento del TERCER CUERPO de Ejército un tiroteo cercano. Mucho más cercano que nunca, y que resonaba á un mismo tiempo en toda la extensa línea de las trincheras de la izquierda.

Nadie se sorprendió: todos esperábamos que los Moros celebrarían la solemnidad del Nacimiento de Jesús atacando furiosamente por un lado ó por otro á los *perros cristianos*, y así es que todo el Ejército pasó la segunda mitad de la Nochebuena con las armas por almohada y el oído atento á la menor señal de acometida.

No se hallaron, pues, los Marroquíes (como lo esperaban indudablemente) con unas hordas ebrias y aletargadas, sino con soldados vigilantes que sondeaban las últimas tinieblas de la noche y esperaban los primeros fulgores del día para hacer la acostumbrada *descubierta*.

Ahora bien: el fuego que estalló de pronto sobre nuestras avanzadas hízonos comprender que el enemigo, en desusado número, estaba encima y envolvía materialmente nuestro Campo desde el centro derecho, ó sea desde el *Reducto Francisco de Asís*, hasta la extrema izquierda, ó sea hasta la orilla del mar.—La situación era crítica y tremenda: ¡un momento de vacilación, y los Moros invadían nuestro Campamento!

Pero, ¡ah!, la serena impavidez de Ros de Olano y de sus Generales y jefes fué igual en aquella hora al arrojo y empuje que demostraron luego.—Nadie se movió de la trinchera, ni para avanzar ni para retroceder: contestóse con balas á las balas, y, entretanto, fueron avanzando nuestros Batallones en apretadas colum-

nas por las laderas de los barrancos, y situándose de modo que pudieran en determinado momento rechazar al enemigo por todos lados y hacerle pagar cara su osadía.

Así fué: á cosa de las nueve, el general de nuestra 2.^a División, D. Jenaro Quesada, con su Cuartel General, se puso á la cabeza del Batallón de *Barcelona* y de algunas fuerzas de *Asturias*, *Africa* y *la Reina*; y, espada en mano (así como sus ayudantes, Estado Mayor y el denodado brigadier Otero), embistió contra los Marroquíes, entre vivísimo fuego, gritando á sus soldados: “¡No tirar! ¡No tirar! ¡Están cortados! ¡A la bayoneta! ¡Viva la Reina!”

¡Están cortados!—Esta es la frase más tremenda que se pronuncia en la lid. (¡Nunca salga de labios de los Moros!) Ayer, dicha por el general Quesada, significaba, como siempre, que el enemigo había perdido parte de sus fuerzas para no recobrarlas más, dado que esta parte se hallaba encerrada en un círculo de hierro.

Los Moros estaban efectivamente cortados. ¡Erales imposible huir!—¡Y, sin embargo, lo intentaron!—Pero ¿cómo?—¡Precipitándose desde las rocas á la playa, arrojándose luego al mar, ó corriendo hacia nuestro Campo;—todo lo cual equivalía á trocar muerte por muerte!

Llegó ésta para todos, porque todos prefirieron morir á rendir las armas. ¡Matando y rugiendo, sí, como verdaderos leones, exhalaban el último suspiro, y sus cadáveres, cosidos á bayonetazos, quedaron á la espalda de nuestras victoriosas huestes!

Entretanto el general Ros, enfermo todavía, abandonaba el lecho y subía á la trinchera, desde donde dirigía la acción con esa elevada táctica y fría inteligencia que conserva en medio de las balas, y que le valió este día la admiración de todo el Ejército. El general Turón, encargado de

defender nuestra derecha, adonde había cargado el enemigo buscando el desquite, sostenía reñido combate, que cubrió al fin de gloria á los Batallones de *Asturias, la Reina, Baza, Llerena, Zamora, Ciudad-Rodrigo* y *Albuera*.—Allí los coroneles Bohorques, Alaminos, Pino y Ulibarri se batieron entre los oficiales, y los brigadieres Cervino, Moreta y Mogrovejo dejaron á veces la espada del caudillo por la carabina del soldado. Allí los jefes de todos los dichos Cuerpos (Novella, Cos-Gayón, y aquellos cuyos nombres no sé, pero cuyo valor pude admirar) estuvieron delante de sus tropas, dándoles ejemplo de intrepidez y de desprecio á la muerte. Allí, por último, los soldados rivalizaron en denuedo y en amor á sus oficiales, á los que pugnaban inútilmente por servir de escudo con su pecho.—¡Oh! ¡Fué un día de heroísmo, que valió al TERCER CUERPO mil plácemes y felicitaciones del Conde de Lucena y de su Cuartel General.

Porque O'Donnell había acudido, como siempre, al punto de mayor peligro, y dirigía ya el combate personalmente.—¡Qué admirable serenidad la suya! ¡Qué golpe de vista! ¡Qué inteligencia de la guerra!—El General en Jefe dice *que no oye las balas*; y así debe de ser, pues no se comprende de otro modo la indiferencia con que va y viene en medio del fuego, cuando todos las oyen silbar y las ven herir.—¡*Oigalas*, pues, aunque sólo sea por patriotismo, nuestro General en Jefe, ó apártelas Dios de su amenazado pecho!

Mientras O'Donnell se echaba así en brazos de su buena estrella, Ros de Olano era llevado en los de sus ayudantes á la tienda del coronel Duque de Gor.—Nuestro General, mal repuesto del cólera, y á rigurosa dieta hacía muchos días, había perdido el sentido sobre la trinchera, con no menor gloria que aquellos pobres soldados

que volvían de las guerrillas bañados en sangre.—El uno, como los otros, caía en su puesto de honor.

Pero he citado dos veces en una misma página un ilustre nombre, sin detenerme, como debía, á considerar su significado en esta Guerra.—El Duque de Gor, á cuya tienda habían conducido á Ros de Olano, es el mismo coronel Bohorques de que hablaba antes con tanto elogio. Es decir, que un Grande de España de primera clase, una persona á quien sus mayores legaron gloria y caudal al transmitirle su apellido, no satisfecho con la posición debida á su nacimiento, procura (y lo ha logrado ya seguramente) conquistarse otra por sí mismo, acreciendo así, en vez de amonarlos, los timbres de su escudo.—Ni es él solamente la honrosa personificación que tiene la Grandeza en este Ejército. ¡Las casas de Corres, Ahumada, Fuente-Pelayo, la Concordia, Amarillas, la Címera, Malpica, Fernández de Córdoba, Salazar, Noblejas, Mirasol, Villadarias y otras que no recuerdo, han enviado también nobilísimos vástagos á esta grandiosa lucha!

Conque volvamos al día de ayer.

A las tres de la tarde el combate había terminado, y no se veía ni un solo Moro por estas cercanías. Su temeridad se había vuelto contra ellos mismos.—Nuestra Infantería los expulsó primero de sus posiciones; la Artillería los persiguió y destrozó en su retirada, y la lluvia, finalmente, les obligó á transponer el horizonte.

Por mi parte, durante la jornada, tuve ocasión de ver tranquila y defendidamente (¡como que estaban *mueritos* á mis pies!) una grande y variada colección de los extraños personajes que luchan con España hace tantos días; y, si he de decir toda la verdad, el primer sentimiento que me inspiró su vista fué cierto desprecio, considerándolos indignos de medir sus armas con las nues-

tras, ó sea juzgándolos más salvajes y fieros que patriotas. — Luego cambiaron súbitamente mis ideas, y sentí noble compasión hacia aquellos bárbaros, de cuya tierra éramos seculares invasores y contumaces enemigos. — Y, por último, sobreponiéndose en mí á toda otra idea la devoción artística, los hallé tan grandes, tan denodados, tan hermosos y tan inocentes, que me entristecía el considerar el odio con que me hubiesen mirado ellos, caso de volver la vida á alumbrar sus inanimados ojos.

Eran las diez de la mañana. El día estaba nubladísimo, y la mar empezaba á embravecirse bajo el látigo del *Levante*. En la playa no había alma viviente, aunque acababa de ser teatro de espantosas luchas... Nadie más que yo tenía en aquel momento libertad de acción para ir allí en busca de los *cuarenta cadáveres enemigos* que, según noticias, nuestros Cazadores habían dejado á retaguardia. El lugar era melancólico de suyo, y yo caminaba sin más compañía que un sordo remordimiento por la cruel curiosidad que me guiaba en aquel instante.

Figuraos un arenal rojizo, estrecho y largo, limitado á mi izquierda por las espumantes olas, y á mi derecha por altos peñascos, áridos y adustos, tajados verticalmente sobre la playa.— De aquellas empinadas rocas habían caído ó sido precipitados los Moros cortados en la carga á la bayoneta, y allí estaban sus ensangrentados cadáveres: unos, colgados por los jaiques de los picos y matorrales de la ladera; otros, estrellados contra las peñas del suelo; algunos, tendidos sobre la blanca arena, y no pocos dentro del agua, yendo y viniendo de la mar á la orilla á merced del espumoso oleaje.— ¡Era el cuadro de mayor desolación que nadie haya contemplado nunca! ¡Sobrepujaba en horror al más angustioso naufragio!

¿Quiénes eran aquellos hombres? ¿Quién los echaría de menos en el mundo? ¿Hacia qué sombras queridas tendieron los brazos al tiempo de morir?

Sorprendía desde luego la variedad de tipos, y aun de razas, que se veía representada en cuarenta individuos segregados al acaso del Ejército marroquí.—La mayor parte eran indudablemente rifeños, á juzgar por sus pardos jaiques rayados de blanco y por sus cabezas afeitadas escrupulosamente, salvo un largo mechón que conservaban hacia el occipucio, como los chinos. Pero los había también de raza árabe, y negros y mulatos.

Recuerdo de entre los árabes á uno, joven y hermoso, cuya vestimenta, como la de casi todos sus compañeros, se reducía al largo jaique de gran capucha. Hallábase tendido en el borde mismo de las aguas: sus negríssimos ojos, aunque nublados para siempre, miraban aún enfurecidos, y su obscura, correcta y callosa mano, ennegrecida por la pólvora, se remontaba sobre su cabeza, como si amenazase todavía. Oscura barba, rala y partida en dos, rodeaba como un festón de terciopelo su pálido rostro de singular belleza, sombreando artísticamente el cuello, atravesado por espantosa herida. Uno de sus pies conservaba la redonda babucha de cordobán; el otro, completamente descalzo, ostentaba la fortaleza del hierro y las graciosas proporciones de los pies del Sur. Notábase, en fin, en todo aquel hombre medio desnudo, algo que recordaba los contornos finos y acerados de los caballos árabes. El arte antiguo lo hubiera tomado para modelo de sus famosos gladiadores.

Al lado de este gallardo tipo vi otro en quien todo era rudeza y ferocidad. Sus mismas bárbaras heridas le hacían parecer más horroroso, pues tenía deshecha la cabeza por un bayone-

tazo, y los dos hombros atravesados por las balas. Era de estatura colosal; chato como un tigre; con las rodillas más recias y nudosas que viéronse nunca en ser humano, y sobre su piel lustrosa y curtida blanqueaban muchas cicatrices, que revelaban toda una vida de combates.—Una especie de tuniquilla tejida con pelo de camello defendía meramente el pudor: se hallaba descalzo, y pendiente de su cintura se veía una bolsa de tafílete rojo, de la cual se habían volcado algunas balas y una gran cantidad de pólvora muy gruesa. Por último, entre las municiones asomaban algunos mendrugos de galleta, ennegrecidos por la dicha pólvora...—; Era el alimento natural y propio de una criatura semejante!

También recuerdo á un mulato, feo, cobrizo, imberbe, largo de brazos, parecido en todo á un ídolo egipcio.

Contrastando con él, y colgado de una jara como otro Absalón, vi á un joven de quince ó diez y seis años, blanco y endeble, cuyo rostro conservaba aún el sello del espanto, y cuyo desnudo seno vomitaba todavía caliente sangre por una tremenda herida de bayoneta.—Este no debía de ser rifeño: parecía un moro de ciudad; su jaique estaba limpio, llevaba alguna ropa interior, y sus babuchas ostentaban graciosos arabescos.

Por lo demás, allí había hombres de todas edades; lo mismo tiernos adolescentes, como el que acabo de describir, que viejos canosos, de arrugada piel y desmedrados remos; pero la mayoría era de varones fuertes, en la plenitud de la virilidad. Entre ellos vi dos negros: el uno hermoso y reluciente como un café, y el otro deforme y pardusco como un hotentote. La verdadera casta mora se revelaba en muchos por el trazo diagonal de las cejas y por la depresión de

la nariz roma, así como la clásica raza árabe parecía indicada en otros por el noble perfil de sus semblantes ovalados, por la finura de sus músculos de acero y por la esbeltez de sus delgadas cinturas.

¡Vi hasta cuarenta!...—Lo repito. — ¡Nunca, jamás, olvidaré aquella hora, aquel lugar, aquellos muertos! Los estremecimientos de mi caballo me los anunciaban antes de que yo los descubriera, y cuando me alejé del ensangrentado arenal para subir á la montaña vecina, un alegre resoplido del noble bruto pareció como que me advertía que habíamos estado solos demasiado tiempo...

.....
 Réstame hablar de la noche que sucedió á tal día.—Ya he dicho que á las tres de la tarde empezó á llover. Pues bien: á las cinco estábamos ya en pleno diluvio, ni más ni menos que la célebre noche del 18.—Creímos también perecer, y hubo tiendas en el suelo, bestias ahogadas y todo linaje de averías.—“¡Qué primer día de Pascua!” habíamos exclamado por la mañana.—“¡Qué noche de descanso, después de tan fatigoso día!” exclamábamos á la noche.

Un ejemplo, y concluyo.—A cosa de las cuatro de la madrugada, desesperando ya de que el turbión cediese, y viendo que era imposible permanecer dentro de la tienda, encendí mi linterna sorda y me marché en busca de otra luz que se divisaba á lo lejos; pues recordé que á un amigo mío le tocaba esta noche el servicio de trinchera, y pensé en hacerle una visita.—Subí, por tanto, á lo alto del monte... Y he aquí el cuadro que contemplé:

En medio de una pequeña explanada, y rodeado por algunos oficiales y soldados (envueltos los primeros en largas capas de goma, y los segundos en mantas grises), veíase, á la luz de

otra linterna que chisporroteaba en el suelo, á un hombre sentado sobre una piedra, el cual resistía inmóvil y como insensible todo el furor del viento y de la lluvia. A sus pies había unos carbones apagados y nadando ya sobre el agua, y cubría su cabeza y todo su cuerpo un albornoz de paño obscuro, en cuya capucha relucía el entorchado de General.

¡Era Turón, el *general-soldado*, como lo denomina la fama hace mucho tiempo!

¡Tocábale anoche al noble anciano mandar el *servicio de trinchera*, y descansaba de las fatigas de la lid sentado en aquella peña dura, bajo el azote del huracán!

¡Allí lo dejé resignado y silencioso, pasando quizá revista en su imaginación á tantas y tantas noches como habrá velado enfrente del enemigo desde el año de 1823, en que se ciñó la espada! ¡Allí lo encontraría la primera luz del día de hoy!

XIII

Vacaciones de Pascua.

26 por la noche.

Nada nuevo.

Se han enterrado los muertos de la acción de ayer (así los nuestros como los enemigos, pero no juntos), y los heridos han sido trasladados á *Centa ó* á la Península.

Nuestras bajas, entre heridos y muertos, fueron ochenta y siete.

También han sido embarcados hoy para España muchos atacados del cólera...

Los que aquí quedamos pedimos á Dios salir pronto de este apestado valle, transponer esos montes, llegar á la llanura, ver *Tetuán*.

27 de Diciembre.

Seguimos lo mismo.—Llueve; arrecia el cólera, y se trabaja en el *Camino de Tetuán*.

Verdaderamente, nuestras Pascuas no pueden ser más aburridas.—Casi nadie espera ya que los Moros vuelvan á atacarnos en estas posiciones, y, en cambio, todos tememos que la epidemia nos lleve á una fosa obscura, negándonos la gloria y el placer de contemplar á *Tetuán* y de tomar parte en las grandes luchas en terreno franco que nos reserva el porvenir.—Reina, pues, en el Campamento una tristeza profunda, que nada podrá disipar, como no sea la orden de marcha.

De noche se juega al tresillo; y por cierto que en mi partida interviene un tipo que acaso describa alguna vez.—Aludo al capellán del Regimiento.

Sébase, por de pronto, que todo clérigo en campaña llega á ser más militar que Napoleón, mientras que su asistente pierde la hechura de soldado y se convierte en un verdadero Sacristán, místico y devoto como una monja.

Por lo demás, nuestro compañero de tresillo es un ángel de paz en toda acción de guerra, y una guerra andando aquellos días que no hay acción.

28 de Diciembre.

¡Otras veinticuatro horas de aburrimiento y de impaciencia!

Los Marroquíes han cambiado de plan indudablemente, comprendiendo al fin que serán inútiles cuantos esfuerzos hagan para estorbar los trabajos del *Camino de Tetuán*.—Ello es que han dejado de atacarnos.

Posdata.—Los generales Ros, Prim y García están ya completamente buenos.

XIX

Por mar y por tierra.

29 de Diciembre, por la mañana.

¡Magnífico, espléndido, delicioso día!—Desde que resonó el toque de diana, conocí en las melódicas vibraciones del aire que el cielo estaba limpio de nubes y que la mar dormía tranquila. Además, los cantos de alegría de los soldados saludaban elocuentemente la vuelta del buen tiempo.

Salté, pues, de la cama, ansioso de luz, de aire y de calor; abrí mi tienda, y salí á la que todos no podemos menos de llamar *la calle*.

¡Qué animación, qué vida, qué regocijo respiraba el Campamento!—Todas las tiendas estaban abiertas de par en par: camas, ropas, monturas, mantas, víveres, armas, municiones, todo se veía desdoblado, extendido, desparramado á la puerta de cada habitación de lona, á fin de que el Sol lo secase cuando sus rayos adquiriesen fuerza. Unos se marchaban á *lavar*; otros hacían su *toilette* al aire libre, después de muchos días de irremediable incuria; éstos describían con pintorescas frases el detrimento que el temporal había causado en su equipo; aquéllos exclamaban, desperezándose y mirando su carabina:—“¡*Hoy hace un buen día de Moros!*...”—Ni más ni menos que los cazadores dicen en España:—“¡*Hoy hace un buen día de liebres!*”

En este momento comienzan á bajar Compañías á la playa para que descarguen sus armas y las limpien.—El general Prim pasa por la izquierda de nuestro Campo, dirigiéndose con sus tropas al *Camino de Tetuán*, á fin de reconstruir

algunos puentes que el temporal ha derribado. Los cantineros y mercaderes acuden de *Ceuta* con vino, fósforos, cigarros, papel de escribir, velas y otros artículos preciosos.—Los caballos relinchan, como diciendo que están prontos á dar un paseo.—Y la tropa, tan macilenta ayer, revela en su semblante la esperanza de que un sol tan claro mejore la salubridad del Campamento y acelere la hora de nuestra marcha.

Llegan, en fin, juntos los correos de dos ó tres días, y con ellos los efluvios de amor y entusiasmos de la madre Patria. Un aluvión de cartas y periódicos inunda el valle; todos tienen noticias de sus familias; todos se animan á seguir adelante al ver la noble actitud del pueblo español; todos se hacen la cuenta de que las penalidades pasadas han sido un mal ensueño, y procuran imaginarse que hoy es cuando verdaderamente empieza la campaña.

Para que el día sea completo, preséntanse en la lontananza de nuestro horizonte, como viniendo de Gibraltar ó de Algeciras, dos, cuatro, seis..., hasta nueve buques de vapor y de vela que se dirigen hacia estas costas...

Todos los anteojos se ponen en movimiento...—¿Qué escuadra es aquélla? ¿Aquí de las conjeturas, de las suposiciones y de las grandes mentiras!

¿Quién dice que son barcos ingleses que van á socorrer á los Moros; quién anuncia que es la Escuadra francesa, decidida á cañonear de nuevo el *Fuerte-Martin*, situado en la playa de *Tetuán*; cuál da por seguro que aquellas embarcaciones traen á bordo la División del general Ríos, que al fin viene á reforzar nuestro Ejército; cuál otro jura y perjura que su antejo es el mejor del Universo, y que distingue á dos pasos de distancia las boinas rojas de los Tercios Vascongados; quién, por último, sabe de buena tinta que

aquello sólo puede ser una escuadrilla rusa que ha bajado de los mares del Norte á fiscalizar las operaciones de los buques de la Gran Bretaña!...

En esto levántase un rumor, que llega á hacerse general y acaba con tan peregrinas versiones:—“*¡Es el pabellón de España! ¡Es la bandera roja y amarilla!*”—exclaman los oficiales, llenos de regocijo, ofreciendo sus anteojos á todo el mundo, á fin de que nadie deje de ver la enseña de la Patria...

Y, entretanto, los buques siguen cruzando ante nuestros ojos, como á media legua de esta playa, con la proa puesta á la rada de Tetuán, cuya entrada nos determinan claramente el promontorio fortificado de *Cabo Negro* y, más allá de él, otro *Cabo* sobre cuya cima se percibe una blanca atalaya.

Queda, sin embargo, por averiguar qué van á hacer aquellos barcos en el puerto marroquí.—Yo, por mi parte, no puedo resistir á tan justificada curiosidad, y dejo la pluma para ir en busca de noticias al Cuartel General de O'Donnell.

Cerca de las doce.

¡Oh felicidad, amigos míos! ¡Buen susto vamos á dar á los Moros!

Sabréis cómo esta pobre gente ha remediado los daños que la Escuadra francesa causó al *Fuerte-Martín* el día 29 de Noviembre (hoy hace precisamente un mes), y sabréis cómo ciertos *Ingenieros* (1) han vuelto á colocar los cañones en su sitio y construído además en la playa baterías rasantes...—Pues bien: nuestra Escuadra se dirige hoy á la rada de Tetuán á demostrar á los

(1) Ya puede decirse claramente lo que hace veinte años no me atrevía más que á indicar.—Los Ingenieros que construyeron las baterías de la rada de Tetuán ¡eran ingleses!

sectarios y *aliados* del Profeta que han perdido su tiempo lastimosamente.

Describamos cuanto alcanzamos á percibir de este solemne acto.

Son las doce de la mañana... Todo nuestro Ejército se halla abocado á la orilla del mar, bien sea en la arenosa playa, bien en las alturas de la costa...

Las naves españolas avanzan majestuosamente, trazando en el mar y en el viento estelas de azulado humo ó de reluciente plata.—Los vapores remolcan á los buques de vela, formando dos divisiones.

Los nombres de unos y otros, son: *Isabel II*, *Vasco Núñez de Balboa*, *Blanca*, *Princesa de Asturias*, *Colón*, *Villa de Bilbao*, *León*, *Santa Isabel* y *Vulcano*.

La insignia capitana va en el *Vasco Núñez de Balboa*, desde el cual mandará el bombardeo el general de Marina D. Segundo Herrera.

Ya dejan á su derecha á Cabo Negro y forman frente de la rada...

Ya se encuentran á la vista de Tetuán...

Ya van desapareciendo á nuestros ojos...

¡Ya están todos dentro del puerto, bajo los fuegos enemigos!...

¡Dios sea con España!

.....
Ahora nada se ve, nada se oye.—En nuestro mismo Campo reina un silencio religioso...—
¡Pero de fijo que todos oyen el alborotado latido de su corazón!

¡Ah! ¡Es la primera vez, después de mucho tiempo, que nuestra Marina, tan temida y respetada en otras épocas, rompe el largo silencio de sus cañones y toma la ofensiva contra los enemigos de España! ¡Yo lo creo firmemente! La empresa que nuestros barcos acometen en este momento, por limitada que sea, puede conside-

rarse como el principio de la nueva historia de nuestra Armada; como la señal de que España reaparece sobre los mares; como un aviso dado al mundo de que no se ha extinguido la raza de los Bazanes, Ulloas y Gravinás.

Pero ¿qué es esto? ¡Todos aguardábamos oír un lejano cañoneo hacia la derecha, y lo que oímos es un próximo ruido de fusilería hacia el opuesto lado!—¡Decididamente, hoy es día de gran fortuna para nosotros, pues vamos á tener á un tiempo función por mar y función por tierra!

Mas se me dice que el fuego es hacia el *Camino de Tetuán*, en el Campamento del TERCER CUERPO...

¡Si vierais qué extraño efecto me produce esta noticia!—No parece sino que oigo tocar á fuego en mi parroquia y vienen á anunciarme que es en mi calle, cerca de mi casa...—Corro, pues, en su busca, arrastrado, no sólo por el deber, sino por un raro sentimiento que tiene otro nombre no menos raro: por el *espíritu de Cuerpo*.

A las nueve de la noche.

Voy á completar la historia del día de hoy; día de honor y gloria para nuestra Patria, que ha alcanzado, durante él y á una misma hora, dos diferentes triunfos sobre el Imperio de Marruecos: uno en su mar, y otro en sus montañas; el primero atacando, y el segundo resistiendo; aquél contra sus fuertes y baterías, y éste contra la ferocidad de sus hijos.—¡Feliz yo, que he podido presenciar esta doble victoria de las armas españolas!—Contentaos vosotros con la relación que voy á haceros de lo que he visto á lo lejos y de lo que he tocado muy de cerca.

A lo lejos, y en tanto que avanzaba hacia el Campamento de la *Concepción*, vi aparecer algu-

nos torbellinos de humo por detrás de Cabo Negro, hacia el punto donde debe de caer la Ría de Tetuán, y otra humareda más espesa, que salía de en medio de la rada... Pocos instantes después percibí sordas detonaciones parecidas á lejanos truenos...—El cañoneo del mar había principiado, y su estruendo remoto servía como de acompañamiento al estrépito del combate que se reñía en tierra, y que, por cierto, era más vivo y animado que ningún día.

Al llegar yo al teatro de esta lucha, había terminado ya su prólogo, que hoy, como siempre, ha consistido en amagar los Moros un ataque por un lado para darlo formalmente por el lado opuesto.

Lo ocurrido hasta entonces era lo siguiente:

Al punto de las doce, algunas fuerzas marroquíes habían roto el fuego contra el Batallón *Cazadores de Vergara*, perteneciente á la RESERVA, que apoyaba á una Compañía de *Ingenieros* ocupada en los trabajos del Camino de Tetuán. El general Quesada se encargó de proteger á este Batallón, y, al efecto, hizo avanzar á aquel punto á los *Cazadores de Llerena*, con el brigadier Moreta á su frente.—Ahora bien: si los de *Vergara* estaban sosteniendo solos y á pie firme una arremetida de fuerzas triplicadas..., ¡puede calcularse cuál sería la situación de los Moros desde el momento que nuestros bravos vieron duplicadas sus filas!—Básteos saber que al poco tiempo no se oía ni un solo tiro hacia nuestra izquierda...

En cambio (y esto ya lo vi yo), una copiosa multitud de enemigos salió repentinamente de los enmarañados bosques que se extienden á nuestra derecha, dando espantosos gritos, corriendo en todas direcciones, arengándose, amenazándose y como arreándose unos á otros; pero todos tan *elegantes* como siempre; todos airosos

y fantásticos, con sus largas ropas blancas, sus ágiles movimientos y sus innumerables banderines.—En cuanto á su música militar, reduciase á un tamboril y á una dulzaina, cuyos lejanos ecos me recordaron las *festetas* de Valencia.

De este modo se adelantaron hacia el Regimiento de *Albuera*, que había avanzado para salir á su encuentro.—Empezó un fuego vivísimo. Los nuestros combatían en guerrilla, y los enemigos á la desbandada, buscando matas y piedras en que apoyar la espingarda, levantándose al tiempo de tirar, como espectros que salen de la tumba, y arrojándose después al suelo con tal presteza, que nunca se sabía si era que huían el bulto ó que caían heridos por nuestras balas.

Peró este combate no duró mucho tiempo. La parte del Regimiento de *Albuera* que aun permanecía de reserva, hizo un hábil movimiento de flanco, y se colocó á la derecha del enemigo; entonces resonó el toque de ataque de nuestras cornetas, ese toque vehemente, delirante, vertiginoso, que tanto asusta á los Moros, y que no cesa ni un momento durante las cargas á la bayoneta. Cargaron, en efecto, nuestros Cazadores entre redoblados *vivas*, y los Marroquíes viéronse obligados á correr hacia su izquierda.

—*¡Que avance Baza!*— exclama entonces el general Ros, con tanto mayor júbilo cuanto que, previendo semejante contingencia, había apostado desde por la mañana á dicho Batallón en un barranco, invisible al enemigo, á fin de que le saliese al encuentro en su fuga...

La orden es transmitida por un ayudante (á quien acompaño yo como ordenanza), y cuando llegamos al barranco, vemos que el brigadier Cervino avanza ya á la cabeza de *Baza*, Cuerpo que mandó desde su fundación, y al que ama todavía como á su familia militar.

El brigadier Mogrovejo se adelanta por otro

lado con los de *Zamora*, y el brigadier Moreta con los de *Barcelona* y *Llerena*.— Entre ellos van los coroneles Pino y Ulibarri, jefes de Media Brigada, este último con un brazo en cabestrillo, no convaleciente aún de una contusión de bala recibida hace cuatro días.

Entretanto, Alaminos, coronel de *Albuera*, es herido en un pie, y ocultándolo á sus soldados, permanece al frente de ellos. Las cornetas siguen tocando ataque; el grito de *¡viva la Reina!* se repite en una línea de seis Batallones; nuestras tropas arrollan el bosque, asaltan las peñas, dominan en todas partes, y los Moros huyen despavoridos y desordenados.

¿Cómo seguirlos? ¿Quién les iguala en agilidad?—Inténtanlo los nuestros..., pero sus jefes les gritan: *¡Alto!*—Y *¡Alto!* repiten las cornetas.

Nada más racional.—¿Hemos de ir tras ellos hasta el fin del mundo?—Ya estamos á media legua de nuestro Campo, y el Sol empieza á descender al Occidente... Hora es de pensar en la retirada.

Hay, pues, un momento de descanso.

Durante él, todos se recuestan sobre las peñas, extenuados de fatiga. La cantinera de *Baza*, la madre de los soldados, Ignacia la benemérita, la aguerrida, la veterana, va y viene entonces por entre las filas repartiendo agua y aguardiente á todo el mundo, enjugando con su delantal la frente bañada de sudor, del jefe ó del soldado, dándoles cigarros y lumbre, sonriendo á todos, alegre y enternecida, infundiendo respeto y entusiasmo con su semblante varonil, tostado por el sol de las batallas, y noble y hermoso en aquel momento en que ejercita la más bella virtud de la mujer... *¡La Caridad!*

Viéndola de aquel modo, yo no puedo menos de recordar á la Verónica. Su dura fisonomía, su

edad proecta, su elevada estatura, su traje militar, todo me infunde veneración. Recibo con inefable gratitud el agua que me ofrece aquella otra Rebeca; y viendo en torno mío algunos jazmines silvestres, grandes y olorosos, que blanquean entre los oscuros matorrales, hago con ellos un rústico ramillete y se lo presento á Ignacia.

—¡Hermosos jazmines! (exclama ella, colcándolos en el ojal de su levita). Pero mira, hijo mío..., ¡están llenos de sangre!

Era verdad... Yo no lo había visto... Pero ¿qué hacer ya?

—Déjalo, Ignacia (le contesto): ¡será de los Moros!...

—¡Será de los Moros!— repite ella, encogiéndose de hombros y sonriendo siempre con bondad.

.....
En aquel momento (las cuatro y media de la tarde) empezaron á salir por detrás de *Cabo Negro* los buques de nuestra Escuadra.—El bombardeo de *Fuerte-Martín* había terminado.

Contamos las naves según fueron apareciendo...—¡Eran nueve..., las mismas que entraron en la rada!—Habíamos vencido, por consiguiente, y nuestras averías, caso de haber sufrido algunas, debían ser insignificantes.

—¡Salud, salud á la Marina española!—exclamamos todos entonces, señalando á los vencedores buques; y, volviendo luego cara al enemigo, que se había rehecho y nos hostilizaba al ver que nadie lo seguía, rompimos de nuevo el fuego contra él.

¡Pero se acercaba la noche, y era forzoso retirarnos!...

La guerra que hacemos ofrecerá esta gran contrariedad mientras estemos á la defensiva.—Los Moros, por cálculo ó por pereza, atacan general-

mente al mediodía. Lo de menos es rechazarlos... ¡A las dos de la tarde lo hemos conseguido siempre!—Mas, entonces, ¿qué hacer? Empezar movimientos importantes para envolver al enemigo sería una locura, pues las tinieblas nos sorprenderían á los primeros pasos. Permanecer hasta la noche en las posiciones conquistadas cada tarde, fuera comprometerse á un combate diario en la obscuridad. Quedarnos definitivamente en ellas, claro es que no nos conviene, cuando no hemos plantado allí nuestras tiendas desde el primer día. No nos queda, pues, otro arbitrio que retroceder á la trinchera después de haberlos rechazado.

Ahora bien: los Moros, que saben perfectamente todo esto, esperan siempre nuestra retirada para volar sobre nosotros y molestarnos con sus disparos. Por consiguiente, la hora de prueba es siempre la última del combate, y también es durante ella cuando tenemos que lamentar pérdidas más dolorosas.

En cuanto á la retirada de hoy, ofrecía un nuevo inconveniente: ¡la absoluta imposibilidad de emprenderla sin inmolar toda una Compañía! Y era que cien Españoles y cien Marroquíes estaban parapetados en dos alturas muy próximas entre sí, de tal modo, que en el instante mismo en que los nuestros descendiesen de la suya, podían ocuparla los enemigos y fusilar desde allí á mansalva á cuantos cruzasen el barranco.—La Compañía á que me refiero era la 7.^a de *Baza*.

El general O'Donnell podía verla, y la veía, en tan supremo trance, desde el *Campamento del Otero*. El general Ros la seguía también con el alma desde el suyo. El general Turón, avanzando al ángulo de nuestras posiciones, no apartaba sus ojos de ella. Los brigadieres, coroneles, jefes y oficiales de nuestra Primera División, mezclados y confundidos bajo un horrible tiroteo, per-

manecían en las guerrillas con el ánimo pendiente del compromiso en que se hallaban aquellos bravos.

De nada podían valer auxilios ni refuerzos... Allí estaban los Batallones de la *Reina*, *Ciudad-Rodrigo*, *Africa* y *Segorbe*, protegiendo denodadamente la retirada, también difícil, del resto de la División; pero á la Compañía de *Baza*, asediada en lugar tan avanzado y en terreno tan inaccesible, no se le podía prestar socorro alguno sin comenzar de nuevo la acción en grande escala, cosa que hacía imposible lo apremiante de la hora.—No le quedaba, pues, otro refugio que su propio esfuerzo...

Escuchad, y participaréis del asombro que aun me domina en este instante.

Aquellos leones acosados empezaron por fingir que se retiraban; pero no hicieron más que ocultarse detrás de las crestas de la colina. Los Moros entonces, creyéndolos ya en el barranco, se pasan de su posición á la nuestra; mas no bien asoman los primeros, cuando los de *Baza* surgen delante de sus ojos. Los infieles dan un grito de espanto, que la muerte hiela en los labios de algunos. Nuestras bayonetas los precipitan al barranco opuesto, y nuestras balas los alcanzan en su huída.—Desaparecen, por último, y nuestros Cazadores emprenden con el mayor orden su verdadera retirada.

Pero los Africanos no están escarmentados todavía, y tornan á la carga y reaparecen en la altura que acaban de abandonar los Españoles.—¡Ah! Sus disparos abrasan materialmente á la fatigada Compañía...

—¡Cazadores..., á ellos! ¡No dejemos ni uno vivo!—exclama entonces el capitán, volviendo la cara al fuego...

Pero una bala lo derriba en aquel instante.

—¡A ellos!—repite toda la Compañía.

Y ésta gana por tercera vez la cúspide, y se abalanza contra los Marroquíes, recibiendo sus disparos á quemarropa, y lucha cuerpo á cuerpo, brazo á brazo, rostro con rostro, y maneja el fusil como una clava, y rueda sobre los heridos enormes piedras, y llena de cadáveres la hondonada, y se aleja finalmente, harta de venganza y de carnicería, bien segura ya de que el enemigo no intentará nada contra ella.

Mas estaba escrito que aquellos héroes llegasen al colmo del afán y de la gloria.—Uno de sus compañeros se ha quedado atrás, herido en una pierna, y los llama con lastimeros gritos... Los Moros han oído la presa, y se adelantan cautelosamente para cogerla y descuartizarla...

Los nuestros no vacilan; dejan en el suelo las camillas que llevan atestadas de heridos y aun de muertos, y vuelven una vez más sobre sus pasos; recomienzan la lid, y rescatan con su sangre generosa la vida de su abandonado compañero.

¡Ah! ¡Ya están aquí! Helos que vienen á nosotros..., que llegan á juntársenos..., que se incorporan á su Batallón.—Han sido mermados..., es verdad; de sus cuatro oficiales, uno solo traen ileso; entre muertos y heridos han perdido la tercera parte de su fuerza... Pero ¡qué inmensa gloria han alcanzado!, ¡qué dura lección han dado á los Moros!, ¡qué alta han dejado la Bandera de BAZA!

A las diez de la noche.

En este momento los Hospitales de sangre del TERCER CUERPO remiten al general Ros de Olano el parte de la entrada que ha habido en ellos...

Nuestras pérdidas son ocho muertos, noventa y siete heridos y cincuenta contusos.

Creíamos que habían sido más...—¡Aun nos queda gente para muchas acciones!

XX

Acción del 30 de Diciembre.—Mi Batallón.—Un Hospital de sangre.—Otra mujer piadosa.—Un entierro.—Fin del año.

31 de Diciembre.

Anteayer había sido el día del Batallón de *Baza*...—Ayer fué el día de *Ciudad-Rodrigo*, el día de mi Batallón.—¡El, solo él, sostuvo el fuego durante tres horas y media contra doble ó triple número de Moros!

Pero no fué ésta la única circunstancia particular de la refriega. Primeramente, ningún día se habían presentado los Moros á hora tan avanzada de la tarde, ni retirándose tan entrada ya la noche, y por otro lado, jamás los habíamos tenido tan cerca tanto tiempo, ni notado tal vocerío durante la lucha.—Yo creo que su *Campo* debe de estar ahora muy próximo al nuestro, apostado quizá en el camino que hemos de seguir al abandonar estas posiciones, y que sus ataques de ayer y hoy son llamadas que nos hacen á un terreno en que desean medirse con nosotros.—Pronto les daremos gusto, pues el camino de *Tetuán* está concluido.

Ayer, por ejemplo, eran las tres y media ó las cuatro de la tarde, y nadie esperaba ya á los Africanos, cuando estalló de pronto un nutridísimo tiroteo hacia *Castillejos*; pero tan cercano y ejecutivo, que al poco rato se encontraban sobre nuestra trinchera, no sólo los generales Ros de Olano, Turón y Quesada, de este Cuerpo de Ejército, sino también el General en Jefe, los generales Prim, Zabala, García, Rubín y otros que no recuerdo, seguidos de un sinnúmero de

jefes y oficiales de todas armas.—El público, pues, no podía ser más competente.—Veamos cómo se portaron los actores.

El combate había principiado del siguiente modo: Como á doscientos pasos de este Campamento, montaba la *gran guardia* de la izquierda una Compañía del Regimiento de *Albuera*, establecido al efecto en uno de nuestros parapetos avanzados, sobre una pequeña altura. De pronto, y sin tener de ello el menor aviso ni haber sentido el más ligero rumor, ven nuestros soldados coronarse de Moros la loma fronteriza, y una granizada de balas viene á estrellarse en rededor suyo. A esta descarga sigue otra, y otra, y ciento; los enemigos se relevan ligeramente, y mientras cargan unos, otros hacen fuego sobre nuestra avanzada.

La idea no era mala del todo; pero la Compañía de *Albuera* no se retira... Deja, sí, sobre el parapeto bastantes muertos ó heridos, con lo que tiene á raya á los Marroquíes durante media hora, bien que debilitándose ella por momentos.

Acuden entonces á reforzar á los de *Albuera* cuatro Compañías de *Ciudad-Rodrigo*, mandadas por el comandante fiscal del Batallón, don Ramón Fajarnés.—Entre ellas va la primera la mía, con su bravo capitán D. Pedro Alegre.

El momento era crítico. Al asomarnos al parapeto, nos encontramos de mano á boca con los Moros, que ya asaltaban nuestra posición... Cruzáronse las carabinas y las espingardas, y parten plomos mortíferos en todas direcciones.—El enemigo vuelve á refugiarse en su colina.—Nosotros tenemos orden terminante de no rebasar la nuestra.—¡Es muy tarde, y se trata de evitar las pérdidas de la retirada, ó sea un conflicto semejante al del día anterior!...

Los Africanos conocen que se las han con tropas de refresco, cuyo número ignoraban todavía,

y se baten ya parapetados, y no con la insolencia de antes.

Las cuatro Compañías de *Ciudad-Rodrigo* nos desplegamos en una extensa línea, y los mantenemos en respeto durante el resto de la tarde.

Entretanto, había principiado un fuego no menos nutrido por la derecha y por la extrema izquierda.

En la izquierda defendían una importante y arriesgada posición otras dos Compañías de *Ciudad-Rodrigo*, la 7.^a y la 2.^a—Mandábanlas el coronel D. Antonio Ulibarri, jefe de la Media Brigada á que pertenece mi Batallón, y su segundo comandante, D. Angel Grases.—El bravo teniente coronel, D. Angel Cos-Gayón, se encontraba enfermo en su tienda, y no podía presentar la hazaña más gloriosa de sus soldados.

De la manera cómo se portaron aquellas dos Compañías, sólo diré que el General en Jefe, situado en nuestra trinchera, ascendió en aquel mismo instante á Grases, á un teniente y á un sargento, y colmó de alabanzas á cuantos se batían en aquel peligroso sitio.

Al mismo tiempo sostenían la derecha las fuerzas restantes del Batallón, que eran las Compañías 3.^a y 4.^a, y allí también arreciaba una lid sangrienta.

El general Ros de Olano cruza una y otra vez de un extremo á otro del teatro de la acción, y las balas parecen apartarse para dejarle libre el paso. A su lado es herido el coronel D. Federico Fernández San Román, segundo jefe de su Estado Mayor; otros jefes y oficiales que lo siguen muestran sus ponchos y levitas, que las balas acaban de atravesar; por todas partes óyense, en fin, ahogadas exclamaciones, que indican otras tantas *bajas*.

Pero nadie se cuida de esto. ¡Lo importante, lo insólito, por mejor decir, es que anocheció

hace media hora, y que los Moros no se retiran; que el combate continúa, y que en nuestra línea *no se hace fuego!*...

¿Qué significa esto último? ¿Qué ha sucedido?

¡Oh! Ha sucedido una cosa horrible, si hay cosa que pueda ser horrible para soldados españoles.—Desde el obscurecer se han acabado las municiones á todas las Compañías de *Ciudad-Rodrigo!*

—¡*Cartuchos!* ¡*Cartuchos!*—exclaman los Cazadores, armando la bayoneta y recostándose sobre los parapetos, decididos á morir allí todos antes que ceder paso á los Moros.

Advertidos éstos de lo que sucede, avanzan entonces... Pero los más audaces, los que levantan el pie para saltar las peñas y matas del parapeto, ruedan al otro lado, partidos por nuestras bayonetas. Los que vienen detrás nos tiran á boca de jarro..., y entonces, ¡ay!, cae gente nuestra... Mas sobre ella se levanta otra, ¡nuestra también!

Las bayonetas rechinan al tropezar con las espingardas, cuya puntería se pierde en el choque... Entretanto, algunos soldados nuestros sueltan sus armas y se ponen á derribar el parapeto y á lanzarlo sobre los Moros. Enormes piedras ruedan sobre ellos, aplastando á los que se encuentran en la hondonada. Lúchase, en fin, á brazo partido; échanse unos á otros mano á la garganta; dispáranse piedras; aporréanse con ellas sin soltarlas; rugen, aúllan, braman los mismos heridos, en vez de lamentarse.—En ambos lados, en los Españoles y en los Marroquíes, es igual la furia, igual el encarnizamiento (1).

(1) Los editores de este libro se permiten poner aquí una nota al relato del Sr. Alarcón, en vista de que su modestia, muy laudable por otro lado, le ha impedido hacerse cargo de la parte que tomó en el combate del 30 y en otros. Para suplir

Tal fué la parte que yo vi en el combate de ayer; pero mis observaciones se extendieron algo más lejos, y voy á revelarlas. Todavía no hemos entrado en un *Hospital de sangre* la noche después de una acción, y á la verdad que allí se contempla un cuadro digno de ser copiado, sobre todo por quien, como yo, se ha propuesto referir al público la historia *privada* de la Guerra.

Sí, amigos lectores: es un espectáculo interesantísimo el que presentan las camillas llegando entre las tinieblas, por caminos impracticables, conducidas en hombros de cuatro nobles y compadecidos soldados, los cuales animan y consuelan al pobre herido, ó anuncian con su triste si-

al silencio del autor, nosotros nos limitaremos á tomar de los periódicos la carta que le dirigió el general Ros de Olano el mismo día en que escribió las presentes páginas. Dice así:

"31 de Diciembre.

"Sr. D. Pedro Antonio de Alarcón. — Querido amigo mío: La última bala de ayer fué para usted. — Como era de noche, no pude cerciorarme al pronto de si estaba usted herido ó contuso: el ruido del golpe me indicaba ser lo segundo; pero el temor nacido del afecto que profeso á usted, me tuvo inquieto hasta que me avisaron del hospital de sangre su estado de usted. — Los Moros tiraban ya al mundo cuando dieron á usted en la carne, y esto revela que la expone usted á todas horas, como soldado que aprecia — EL GENERAL ROS DE OLANO" (a).

(Nota de los editores.)

(a) No por modestia, sino por ahorrar lágrimas á mi familia, que leía la presente obra según se iba publicando por entregas, omití en este capítulo y en otros varios (como ya he dicho en el *Prólogo*) la parte que tomé en la Guerra de África. — El accidente á que se refiere en su carta el general Ros de Olano fué que, en el combate de aquella noche, recibí en un pie un balazo que, afortunadamente, sólo me produjo una fuerte contusión, por venir ya la bala fría. — Creyendo que no había peligro en ello, dos días después monté á caballo, y asistí á la Batalla de los Castillejos; pero se me hinchó toda la pierna y me entró fiebre, por lo cual tuvieron que trasladarme á Ceuta en muy mal estado. — Doy estas explicaciones para la mejor inteligencia de mi relato, que de otro modo resultaría inverosímil.

(Nota del autor para la 2.^a edición.)

lencio que no hay esperanza para él. Y es un espectáculo tierno y angustioso el que ofrece la gran tienda llamada *Hospital de sangre*, apenas alumbrada por temblorosas velas, llena de camillas depositadas en el suelo y medio perdidas en la sombra, de las cuales salen á veces hondos gemidos, mientras que la voz del Sacerdote habla de Dios á tal ó cual infortunado que va á morir lejos de su familia y de su patria.

En este momento nos hallamos en el Hospital de sangre de *Ciudad-Rodrigo*. — El local está completamente lleno. — En otras tiendas celebrarán ahora el lado bello de la acción de hoy, su parte luminosa, la gloria, el triunfo, el esplendor de nuestras armas... — Aquí se ve solamente la faz sombría del asunto, la impiedad de la guerra, las lágrimas, la sangre, la viudez, la orfandad, el eterno luto de los padres. — ¡Cuánta juventud agotada en flor! ¡Cuánto infeliz inutilizado para toda su vida! ¡Cuánto desastre para los que veían en ellos el único sostén, la única esperanza!

En medio de todos estos episodios, y figurando noblemente en cada uno de ellos, vese á una mujer piadosa que va de cama en cama, ofreciendo á los heridos cierta tisana refrigerante que los conforta y reanima...

Esta mujer es francesa; no cantinera, ni Hermana de la Caridad, ni aun soltera, como juzgaríais á primera vista, sino una Peregrina casada, que con su marido va viajando de guerra en guerra; que estuvo en la de Crimea y viene ahora de la de Italia; que cumple quizá un voto, tal vez una penitencia; que pasa el día entre las balas, dando su tisana á los heridos... (sólo á los heridos), y la noche en los Hospitales de sangre... — Tendrá treinta años; su figura es noble y hasta hermosa; viste largo sayal morado; se expresa como persona distinguida, y todo en

ella es dulce, cariñoso, angelical.—El respeto que inspira sólo puede compararse al cuidado con que se oculta los días que no son de sangre ni de lágrimas...—Y no sé más acerca de esta persona.

.....
 Conque vengamos á mi tienda de campaña.

En el momento que hoy escribo estas líneas, he aquí el espectáculo que me rodea.

Son las once de la mañana. Hace un día espléndido y apacible. Me encuentro en cama; pero desde ella alcanzo á ver las últimas verduras de este valle, algunas colinas erizadas de arbustos y peñascos, la arenosa playa y el mar azul y transparente, por el que cruzan algunos barquichuelos...

Allá, cerca del monte, distingo un apretado grupo de soldados y oficiales sin armas, que forman un cuadro perfecto...

Dentro de este cuadro se agitan algunos hombres que entran y salen, van y vuelven, y que al cabo conducen hasta catorce camillas...

¡Ay, ya sé lo que es!—Están enterrando á los catorce muertos que tuvo ayer mi Batallón.—Un teniente y trece soldados dormirán eternamente en esa fosa común...

¡Ahí quedarán cuando nosotros nos marchemos á España, es decir, cuando se marchen los que sobrevivan á esta dificultosa Guerra!...

A la una de la madrugada.

¡Gran noticia!—En este momento acabo de saberla, y no quiero dejar de comunicarla á España por el correo que partirá al amanecer...

¡El primer acto de la campaña ha terminado con el año de 1859; el combate de ayer será el último que sostengamos á la defensiva!—Dentro de algunas horas, antes que raye el alba del 1.º de Enero, la DIVISIÓN DE RESERVA pasará á van-

guardia y marchará por el *Camino de Tetuán*, á cuya construcción tanto ha contribuido.

El SEGUNDO CUERPO partirá en pos de ella, con el general O'Donnell, para servirle de refuerzo, caso de entablarse allí, como se cree, una gran batalla.

El PRIMER CUERPO permanecerá definitivamente enfrente de Ceuta, guarneciendo las fortificaciones del *Serrallo* y nuestra línea de *Reeductos*, é incomunicado por ahora con el General en Jefe.

Y el TERCER CUERPO quedará acampado aquí dos días (como retaguardia del Ejército expedicionario),—cuyo movimiento no seguirá desde luego, por no dejar descubierta esta parte de nuestra línea, mientras no se hayan conquistado otras posiciones defendibles más allá de los *Castillejos*.

En cuanto á mí, tengo ya formado mi plan para ver todo lo que ocurra en lo sucesivo...; y lo veré, Dios mediante, á pesar del mal estado en que me encuentro...; De algo le ha de servir á un oscuro soldado ser amigo íntimo de tanto General!

XXI

Batalla de los Castillejos.

Ceuta, 1.º de Enero de 1860, á las once de la noche.

¡Qué día!—¿Cuándo, dónde principió? Yo no lo recuerdo... Una nube de sangre y fuego envuelve toda mi alma... La embriaguez del horror y del entusiasmo embarga aún mi corazón...

Ni es esto todo...—Estoy muy enfermo; tengo fiebre; me hallo en cama no sé para cuántos días.—Unos brazos, mucho más crueles que piadosos, me han arrancado del seno del Ejército y me han traído á esta ciudad apestada.—Además,